

42/2012

4 julio de 2012

Jorge Bolaños Martínez

**CONFLICTO EN MALI: DE LOS
BUDAS AFGANOS A LAS RUINAS DE
TOMBUCTÚ**

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

CONFLICTO EN MALI: DE LOS BUDAS AFGANOS A LAS RUINAS DE TOMBUCTÚ

Resumen:

Mali se debate en una situación límite, con el norte del país sometido a las milicias islamistas y un prolongado vacío de poder en la capital. En pocos meses, una democracia casi modélica en África ha caído a la sima de los Estados fallidos. Las posibilidades de expulsar al yihadismo de Azawad y de recuperar la estabilidad institucional pasan por una intervención internacional en el norte del país.

Abstract:

Malí struggles in an extreme situation, with the North of the country subjugated to the islamic armies and an extended power vacuum. In a few months, an almost model democracy in Africa has fallen into the chasm of failed states. The chances to eradicate Azawad's yihadism and recovering the institutional stability go through an international intervention in the North of the country.

Palabras clave:

Mali, fundamentalismo, Al Qaeda, estado fallido, Golpe de Estado.

Keywords:

Mali, fundamentalism, Al Qaeda, failed State, coup.

Se confirmaron los temores de la UNESCO. Dos días antes, había situado a los monumentos que guardó durante siglos la ciudad de Tombuctú, Patrimonio de la Humanidad desde 1988, en la lista de tesoros culturales seriamente amenazados¹.

Finalmente, las puertas de las mezquitas –conocidas como las ‘puertas del fin del mundo’-, que los habitantes de la ‘perla del desierto’ habían mantenido tanto tiempo cerradas, por un ancestral miedo a que cayera sobre ellos el infortunio si osaban franquearlas y adentrarse en los mausoleos donde descansaban los 333 santos que han dado fama a la ciudad, cedieron ante los explosivos y piquetas que ha utilizado el poder fundamentalista para hacer una demostración de fuerza y dar un golpe de efecto ante la comunidad internacional.

Mediante este atentado contra el patrimonio cultural y la historia de la humanidad, los cabecillas de Ansar Dine han demostrado su clara intención de reducir a añicos las instituciones políticas, los vínculos sociales más básicos. Y todo esto sucede, precisamente, en el lugar desde donde, gracias a su privilegiada ubicación como cruce de caminos en el sur del Sáhara, se expandió la fe del Islam por el África Occidental. Una vez asegurado el control territorial en el norte de Mali, consolidado con la toma de la ciudad de Gaos, los yihadistas han decidido iniciar la progresiva aplicación de su proyecto radical. Y han comenzado advirtiendo al mundo que nada los detendrá en la consecución de un modelo muy particular de organización social, que implica aniquilar las instituciones políticas y sociales en un país que, hasta hace bien poco, era considerado en África un referente de la estabilidad democrática. En este contexto, las amenazas que formulan los organismos internacionales, como la relativa al juicio de la destrucción de los monumentos sufíes de Tombuctú como crímenes de guerra, son recibidos por los salafistas como acicates para su acción devastadora. Así lo manifestó uno de sus portavoces esta misma semana, con el argumento de que se limitan a cumplir un mandato divino, contrario a la presencia de ídolos en la práctica de su religión y de construcciones sobre las tumbas. La misma escena se repitió, hace ya más de diez años, cuando los talibán derribaron las estatuas de Buda, situadas en la provincia afgana de Bamiyan. Ante esas acciones irracionales, surgidas de un sentimiento visceral de odio hacia quien profesa otros credos o principios, los reproches y condenas de la comunidad internacional se difuminan, como una duna desbaratada en la tormenta. La única esperanza es confiar en que las recientes sentencias condenatorias dictadas por la Corte Penal Internacional refuercen sus mecanismos y agilicen los procesos para imponer el castigo que merecen quienes atentan contra los derechos humanos o atentan contra el patrimonio cultural e histórico, como ha ocurrido con la destrucción del tesoro cultural de Tombuctú, que puede ser considerado como otro crimen de guerra más.

Por otra parte, los militantes de Ansar dine y MUJWA, otra de las franquicias de Al Qaeda que opera en la zona, están persuadidos de que, en las circunstancias actuales, el tiempo es

¹ whc.unesco.org/en/danger

una de las principales ventajas de las que disponen. Ven muy lejana, incluso, la posibilidad de que una hipotética intervención exterior cambie el destino que los yihadistas, por su cuenta y riesgo, le han asignado a la región de Azawad. Mientras que la insinuación de consecuencias legales por arrasar las tumbas de los santos musulmanes probablemente les cause hilaridad. Son plenamente conscientes de que el hábil movimiento estratégico que llevaron a cabo en el momento clave del conflicto ha apuntalado la ventaja que, paradójicamente, les brindó el golpe de Estado que perpetró un grupo de militares con el fin de impedir que se desgajara la mitad norte del país².

Concebida por los salafistas radicales como una alianza estratégica puntual, se ganaron la confianza del Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad (MNLA), junto al que tomaron las principales ciudades. Tras hacerse con el poder local, los islamistas rechazaron las aspiraciones secesionistas de los rebeldes tuareg, los expulsaron de las zonas bajo el dominio de Ansar Dine. Quedó claro pues que el único objetivo que pretendía alcanzar la filial de Al Qaeda era imponer la ley islámica en todo el territorio de Mali. Fueron extendiendo su autoridad mediante el uso de la fuerza, en combates cada vez más frecuentes con sus otrora aliados. En un proceso favorecido por la huida en desbandada de las tropas gubernamentales presentes hasta el golpe de marzo en Azawad.

En la situación actual del conflicto que se desarrolla en el norte de Mali, a los líderes nacionalistas, que impulsaron la rebelión armada contra las autoridades de Bamako, se les plantea una disyuntiva crucial para el futuro del país, y de la seguridad del África noroccidental.

Las alternativas entre las que deben elegir de inmediato son defender su opción soberanista, combatiendo a los islamistas de Ansar Dine y a las tropas gubernamentales a un tiempo. O bien alcanzar un acuerdo temporal con la junta golpista, o con los encargados de dirigir la transición hasta la convocatoria de elecciones, para unir sus fuerzas y tratar de derrotar a las facciones yihadistas.

La primera opción, muy probablemente, provocaría la desaparición del MNLA como movimiento político. El apoyo de militantes argelinos, libios o nigerianos y el acceso a armamento procedente de Libia y de organizaciones terroristas afines proporcionan una considerable ventaja al enemigo fundamentalista. Por el contrario, la decisión de colaborar con el gobierno malí, aplazando las reivindicaciones soberanistas hasta un momento más propicio, supondría presentar una importante resistencia a la expansión de los grupos armados que se han asentado en el Sáhara. Los Tuareg, originarios de Azawad, conocen el desierto, condición esencial para poder avanzar hacia la pacificación del norte de Mali. Las tropas gubernamentales, por su parte, aportarían los medios materiales y humanos de los

² www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_informativos/2012/DIEEEI22-2012_GolpeEstadoMali_JBM.pdf

que no anda sobrado el MNLA. En este sentido, es importante que se concrete la posible intervención de fuerzas internacionales, lideradas bien por la Unión Africana (UA) o por la Comunidad Económica del África Occidental (CEDEAO). Tras celebrar varias cumbres extraordinarias, con los golpes de Estado de Mali y Guinea-Bissau como únicos puntos en el orden del día, la CEDEAO no ha logrado definir su participación en la resolución del conflicto de Azawad.

El apoyo al gobierno de Mali desde el exterior llegará con bastante retraso, debido a las prolongadas negociaciones requeridas para alcanzar un acuerdo en estos organismos regionales, y a la propia situación política de algunos países miembros. Tampoco es sencillo pactar las condiciones en que participaría cada país de la CEDEAO, organización que se enfrenta a uno de los conflictos de mayor gravedad en su área de influencia. Los 3.300 efectivos que podría desplegar esta organización no parecen suficientes para hacer frente con garantías al yihadismo instalado en Azawad.

Hay que añadir las reticencias del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que, estos días debate otorgar su respaldo a una misión de paz en el norte de Mali.

CONCLUSIONES

Mali atraviesa uno de esos momentos históricos en los que parece que la situación sólo puede agravarse a medida que pasa el tiempo. El presidente legítimo, Dioncounda Traoré, permanece desde hace varias semanas en París, donde fue tratado de las lesiones producidas durante una golpiza que recibió en el mismo palacio presidencial, cuando partidarios y detractores del gobierno constitucional se enfrentaron en las calles de Bamako. La capital vive el desmoronamiento institucional, en tanto se urde un pacto que permita vislumbrar el regreso de la estabilidad al país. Mientras, el norte del país es un territorio sin ley, a la espera de que termine de imponerse la sharia por la fuerza. Con una extensión que supera la de Francia, Azawad se ha transformado en una especie de agujero negro en pleno desierto, abandonado por la población civil, con una lucha sin cuartel entre las distintas milicias, enfrentadas todas entre sí, en un indescifrable batiburrillo de siglas e ideas. Los gobiernos vecinos son conscientes de que, si la comunidad internacional no se une e interviene para impedirlo, el norte de Mali será uno de los principales refugios para el terrorismo yihadista en el continente; un valiosísimo centro de operaciones para las organizaciones terroristas internacionales, desde donde podrán dirigir sus operaciones contra gobiernos o contra objetivos económicos, armar y entrenar a sus militantes, transportar y distribuir todo tipo de mercancías ilegales.

Esperemos que la destrucción de los tesoros de Tombuctú no signifique el preludio de la ruina definitiva de las instituciones malíes. Que hayan errado en sus pronósticos quienes, desde hace semanas, han empezado a referirse a Mali como el 'Afganistán africano'.

Jorge Bolaños Martínez
Analista del IEEE